METEORO LÍRICO LEONÉS: ANTONIO PEREIRA.

Rogelio Blanco

Reflexiones a partir de la edición de Meteoros (Ed. Calambur - 2006) de A. Pereira, que se presentó durante la Feria del Retiro de Madrid en 2006.

De la provincia de León se ha iterado la sorprendente realidad como espacio literario. Esta provincia secundaria y periférica, durante el siglo XX ha sorprendido por la pléyade de escritores que aporta a la literatura contemporánea en español. Durante siglos, excepto los casos de Moisés de León, Sarmiento, los padres Ferreras e Isla, Gil y Carrasco y pocos más, la provincia, como demarcación geográfica, no contó en el panorama literario. Ciertamente la explosión de este espacio como lugar de creación y hábitat literario se ha revelado durante el siglo XX.

Uno de los meteoros en esta galaxia leonina es Antonio Pereira. Un creador berciano que se ha destacado más bien en la narrativa; de él se afirma y valora como maestro en el relato corto. La fuerza creadora no se ha podido constreñir solamente al relato y la novela, pues se ha manifestado en artículos de prensa, y aquí, en el campo lírico.

La preparación de la publicación de la *Ciudad de los poetas*, una antología de varios poetas bercianos publicada en la editorial Endymion, fue la causa de nuestro encuentro; atrás quedaban sus tientos poéticos en las revistas *Espadaña* y *Claraboya*, en *Alba* y *Poesía española*, o su primer poemario en *Adonais* (1964). Posteriormente aparece *Contar y seguir* (1962-1972). *Meteoros* es una recopilación de todo lo poético publicado y agrega un inédito de 2006 más un epílogo: "El poeta hace memoria".

Antonio, viajero y tertuliano musicalizado por cantautores, en las palabras del epílogo, que no es un intento de poética, declara el objetivo del poemario: la memoria que se aviene y aviva en el momento inesperado aunque permanezca soterrada cual rizoma. Aquí la memoria se desvela poética y deshojada en poemarios que le acreditan como "poeta original y a su manera 'raro' huidizo a las clasificaciones" (Ricardo Gullón).

Hasta la publicación de *Dibujo de figura* (1972) la poesía pereiriana se brinda formal y cotidiana. Respeta los nudos estróficos. Fluye con espontaneidad y de fábrica fácil. Es cotidiana y concreta, epidérmica y próxima. Ofrece la tierra y el pueblo, el amor y la generosidad, la (su) infancia (patria de los poetas). Así, en *El regreso* (1964), *Del monte y los caminos* (1966), *Cancionero de Sagres* (1969), nos conducen a lo primigenio de la poesía: la sorpresa, la pregunta. Es la pregunta el hábitat ancestral y originario que la poesía compartió con la filosofía. En ese espacio ha perseverado la poesía, aunque en gran número de ocasiones y más últimamente, la filosofía se ha extraviado y gravita en cierta errancia.

Rompe contenidos en *Dibujo de figura* y esta línea pervive en *Una tarde a las ocho*. Aquí la ironía, los cultismos, la experimentación y los microrelatos se conjugan con el humor y la consolación. Rompe los moldes y formas líricas, a la vez que se detiene en el romance como arte de narrar y condensa la palabra teñida de colores poéticos con breves textos en prosa.

Para abundar y conocer el quehacer poético de Pereira debiérase acudir a la lectura de *Países poéticos de Antonio Pereira*, obra de estudio y referencia obligada elaborada por Carmen Busmayor. En ella se destacan las referencias dichas del poeta a la infancia y las experiencias. La tierra, los viajes, la amistad, el amor, etc., aportan el nutriente necesario para que el creador se prolongue en versos. O quizá para que nos done parte de lo que recibe. Por ello Pereira es un poeta restituidor, devuelve lo que recibe.

Nos devuelve los paisajes que perciben sus ojos, la ironía de los díceres que atesora, el encanto del sueño infantil que acuna, el olor a roció del día que madrugó, el ir y venir de los clientes de la ferretería familiar; sin más, nos devuelve enriquecido de metáforas lo que recibe sin palabras aposentadas tras una estufa. Y digo metáforas, pues son el guiño o quiebro que los hombres hacen a los dioses, por ellas deseamos enamorarnos hasta la imposible perfección, escuchar el trino del ruiseñor o el murmullo de los arroyos hasta el éxtasis. Aspiramos a que todo sea como en la casa de los dioses, pero la imposibilidad se deviene en metáforas, recibidas de las manos con tantas experiencias. Así Pereira pastorea esta riqueza entre versos y la devuelve cargada de insólita belleza teñida de experiencia.

Más todo a lo que aludo creo que donde con más fuerza sucede es en Antonio poeta, Pereira joven, el anterior a 1972. Ahí creo que reside la poesía más fresca y genuina, donde los ideales serpentean inefables. Son poemas hidrópicos, propios de un poeta que se siente pujante y sediento de amor, por ejemplo.

Decía que la poesía de Antonio es verdadera, un continuum de él, y, sobre todo, su

voz. Voz de hombre que nos habla de las cosas, las cosas, la res extensa, las carentes de voz que necesitan la ayuda del poeta. Éste, escaso de pudor, como debe ser, les pone voz, alma, palabra. Se convierte en mensajero que cruza la línea de lo oscuro y pone la voz que ilumina. Salva de la asfixia a toda realidad cautiva que gima bajo pétreos silencios o bajo la inclemencia de un cielo sin mirada o sin respuestas.

Esta realidad queda bajo las manos del poeta que les dirige mirada y palabra. Éstas, mirada y palabra, son hoguera colectiva, sentir colectivo, diría Rosales, pero que el poeta percibe de modo esencial. Es un favorecido que las transita, pues sabe que son herencia que ha de administrarse y devolver cual talentos multiplicados gracias a la palabra enriquecedora. Así son los dones de la poesía bien administrada si el poeta la recibe, y si es capaz de aunar palabra y emociones tras reposada mirada en lo que le rodea y bien percibe.

Pereira poeta a quien una crítica, Adolfina García, calificó de "mal-tratado", si bien es reconocido como cuentista, requiere que sea valorada con justeza su poesía. Este poeta villafranquino que desde joven colocó las palabras cuidadosamente en la cajonera adecuada, como buen ferretero, lector avezado y contertulio bien relacionado, primero en los círculos leoneses, que a la sazón no eran gratuitos, y luego en los de Madrid. "Viajero impenitente" y "poeta del arraigo caminante" (escribe Jiménez Martos en la obra referida de C. Busmayor) o "Brillante autodidacta" (Eugenio de Nora). Se trata de un poeta domiciliado en León pero "con apeadero" en Madrid y en Portugal, en Italia, en Argentina, pero la estación está ubicada en la ferretería, campo de recuerdos:

Todo sonaba en la tienda

enemigo del silencio:

Los clavos sobre el platillo

de la balanza cayendo

y el choque de las cadenas

brillantes de los pucheros

(Del monte y los caminos)

A pesar de tanto vigor y fortaleza creativa, las dificultades editoriales le acompañaron; de ahí la dispersión de su obra en numerosas entidades; no obstante la terquedad creadora ha sobrevenido a toda situación y la obra de Pereira alcanza

un volumen considerable. Cantidad que merecería rehabilitarse, pues no puede quedar al olvido toda obra que elige como centro al hombre. Visto éste como ser que camina más o menos enderezado hacia la esperanza, aunque sabe lo que le salva del tedio de las "ocho horas de la tarde" y del deambular cansino sobre el planeta, porque después de la "misa de las doce" algo puede suceder.

Es la poesía de Pereira antropológica y singular. Voz que le hizo "espadañista", que no de Espadaña, inclasificable, pero no individualista. En una palabra, es poeta por la necesidad de dar cuerda a las inquietudes del dolor o por recoger el clavo doliente en el cajón adecuado de la ferretería, pues sabe que la vida es lugar de inquietudes que deben atraparse a fin de no perder sus posibilidades.

Dentro de los contenidos-eje que fija Busmayor de Antonio (el amor, la paz, el regreso, Dios, la soledad, la muerte y la solidaridad) brilla como meteoro rutilante el hombre. El ser nacido para vivir y saborear la vida. Un modo que el maestro Antonio Pereira ha ejecutado, por ello nos lo devuelve generosamente desde su creatividad para que los lectores podamos saborearla una vez sazonada de experiencia, en este caso de poesía.